

*Editado por:*  
John Boardman, Oswyn Murray  
y Jasper Griffin

HISTORIA  
OXFORD  
DE GRECIA  
Y EL MUNDO  
HELENÍSTICO

*Traducción del inglés*  
José C.Vales

# Índice

<i>Lista de mapas</i> .....	11
INTRODUCCIÓN .....	13
<i>Jasper Griffin</i>	
1. GRECIA: HISTORIA DEL PERIODO ARCAICO .....	23
<i>George Forrest</i>	
2. HOMERO .....	61
<i>Oliver Taplin</i>	
3. LOS MITOS GRIEGOS Y HESÍODO .....	99
<i>Jasper Griffin</i>	
4. POESÍA LÍRICA Y ELEGÍACA .....	127
<i>Ewen Bowie</i>	
5. FILOSOFÍA GRIEGA ARCAICA .....	151
<i>Martin West</i>	
6. GRECIA: LA HISTORIA DEL PERIODO CLÁSICO .....	169
<i>Simon Hornblower</i>	
7. EL TEATRO GRIEGO .....	207
<i>Peter Levi</i>	
8. HISTORIADORES GRIEGOS .....	247
<i>Oswyn Murray</i>	

9. VIDA Y SOCIEDAD EN LA GRECIA CLÁSICA .....	275
<i>Oswyn Murray</i>	
10. LA FILOSOFÍA EN LA GRECIA CLÁSICA .....	315
<i>Julia Annas</i>	
11. LA RELIGIÓN GRIEGA .....	347
<i>Robert Parker</i>	
12. ARTE Y ARQUITECTURA EN GRECIA .....	373
<i>John Boardman</i>	
13. HISTORIA DEL PERIODO HELENÍSTICO .....	411
<i>Simon Price</i>	
14. CULTURA Y LITERATURA HELENÍSTICAS .....	439
<i>Robin Lane Fox</i>	
15. FILOSOFÍA Y CIENCIA EN EL HELENISMO .....	473
<i>Jonathan Barnes</i>	
16. ARTE HELENÍSTICO Y GRECORROMANO .....	501
<i>Roger Ling</i>	
<i>Cronología</i> .....	529
<i>Índice onomástico y analítico</i> .....	561

## Lista de mapas

1. Grecia y el mundo griego .....	21
2. La colonización griega .....	28
3. El imperio ateniense .....	183
4. Ática .....	295
5. El mundo helenístico .....	408
6. La ruta de Alejandro Magno .....	416

# INTRODUCCIÓN

*Jasper Griffin*

La historia de Grecia y Roma puede entenderse de dos maneras distintas. Puede verse como una totalidad única, una continuidad desde el surgimiento de las ciudades-estado griegas (la *polis*) en el siglo VIII a.C. hasta la fabulosa expansión y desintegración final del *imperio romano*, una sociedad basada en el poder político y militar de Roma, pero cuya cultura, literatura y arte eran en realidad grecorromanas. También puede entenderse como dos historias separadas: primero, el surgimiento de la *polis* griega desde la miseria y el anonimato hasta los orgullosos esplendores del periodo «clásico» en el siglo V a.C., su expansión por grandes zonas de Asia gracias a las conquistas de Alejandro y su sumisión final a manos de las legiones romanas. Y en segundo lugar, se puede presentar a la pequeña ciudad de Roma abriéndose camino hacia la supremacía, primero en Italia, y luego en toda la cuenca del Mediterráneo; después abandonará su constitución republicana y se convertirá en un imperio; más adelante, conquistará y explotará las ciudades y los reinos de Grecia, y gobernará el mundo hasta que los «bárbaros» poco a poco se conviertan en una fuerza más poderosa y transformen el imperio en una serie de estados distintos que desarrollarán diferentes creencias y prácticas. Cada una de estas dos perspectivas tiene parte de verdad y propone algunas realidades importantes.

El verdadero periodo creativo de la Antigüedad es una parte bastante pequeña de un relato que es mucho más largo. Los pasos decisivos se dieron en los periodos arcaico y clásico de Grecia, desde finales del siglo VIII hasta principios del siglo IV a.C. En ese corto periodo, en una pequeña zona del Mediterráneo oriental, emergieron sociedades

que son extraordinariamente importantes para nosotros. Fue allí donde se inventó la democracia, y donde se discutió, se conquistó y se defenestró. Los romanos no aprobaban la democracia y, después de que los reyes macedonios conquistaran Grecia, y la volvieran a conquistar la república romana, la democracia fue suprimida en favor del control político de las clases altas. Se entabló un debate también sobre otras cuestiones importantes en obras literarias que han sobrevivido al paso de los siglos. ¿Es la esclavitud un mal [contra natura]? ¿Cuál es el fundamento último de la ley: lo humano o lo divino? ¿Debería la familia abolirse en favor del estado? (Platón era partidario de abolirla en la teoría y los espartanos avanzaron en el camino de su abolición en la práctica). ¿La desobediencia civil se puede considerar correcta en ocasiones? (La *Antígona* de Sófocles es un motivo de debate clásico). ¿Cuál es la relación correcta entre los sexos? (Platón previó, y Aristófanes satirizó, la idea de la mujer ostentando el poder político). ¿Cómo puede establecerse el imperio de la ley por encima de las disputas y las lealtades familiares? ¿Qué justificación hay para que un estado gobierne a otros estados, o no hay justificación que valga en ese caso, sino que hay que seguir únicamente la implacable lógica de la fuerza? (Esta idea la promovió sobre todo Tucídides). ¿Cuál es el tamaño ideal de una comunidad? ¿Cuál es el papel de la herencia y cuál el de la educación en la formación de la personalidad? Es muy llamativo que el declive en el pensamiento creativo en Grecia corriera parejo a la pérdida de independencia política.

Es en este periodo también cuando se definen las formas artísticas y literarias características de esta civilización. En primer lugar, apareció la épica, la narración de las hazañas heroicas en versos sublimes: Homero es el modelo fundamental y definitivo de Virgilio, Dante, Tasso o Milton. Luego llegó la poesía lírica, la tragedia y la comedia, las formas que llevó a su culmen Shakespeare; después tomó el relevo la prosa, que ocupó su lugar junto a la poesía, la historia, la filosofía, la oratoria y (con la *Ciropedia* de Jenofonte) los primeros vagidos de la novela. Al igual que estos géneros iban a dominar la alta literatura de la Europa posterior, así las artes visuales iban a dejar una profunda huella gracias a las estatuas de bronce y mármol, las columnas y los frontones de los

edificios o la disposición metódica de las ciudades. Hipódamo de Mileto, en el siglo v a.C. ya pensaba las ciudades basándose en el modelo de una cuadrícula rectilínea. Todos los bancos modernos y todos los parlamentos nacionales que muestran al mundo una fachada porticada con columnas en su entrada están dando testimonio de la duradera influencia de la arquitectura griega, igual que las cúpulas y los arcos triunfales testifican la de Roma. La literatura y el arte europeos muestran, del mismo modo, la persistencia de la mitología griega, desde el arte de Miguel Ángel y Rubens a la poesía de Milton y Keats. Helena de Troya, Edipo, Narciso, el Minotauro en su laberinto: estas y otras muchas son figuras arquetípicas hasta el día de hoy.

El legado filosófico también es enorme. Platón y Aristóteles han sido los filósofos más influyentes de la historia occidental, tanto para los teóricos como para los pensadores cristianos: se puede mencionar la influencia de Platón en san Agustín o la de Aristóteles en santo Tomás de Aquino. «En el principio fue el Verbo» es una frase que solo se puede entender a la luz de las teorías griegas del *logos*. La idea de la universidad se remonta a la escuela de Platón en Atenas, que se mantuvo viva casi cien años. Ese concepto pasó de Grecia al resto de Europa gracias a los árabes, como los textos de Aristóteles; la universidades se expandieron hacia el norte desde Salerno, donde el contacto con el oriente musulmán había plantado ya su semilla. La crítica textual comenzó con el estudio de los textos corruptos de los autores clásicos. Palabras tales como «museo», «inspiración» o «poeta laureado» revelan sus antiguas vinculaciones: un templo para las musas, la «inhalación» que una fuerza sobrenatural produce en un poeta para que cree su verso maravillosamente espléndido, la coronación de un poeta exitoso con una guirnalda de laurel. El culto moderno al deporte y los atletas, y la recuperación de los Juegos Olímpicos son, por supuesto, claramente griegos.

El periodo que se aborda en este libro comienza con el surgimiento de una cultura reconociblemente griega en una serie de pequeñas comunidades en el entorno del mar Egeo, eclipsadas por las antiguas culturas de Egipto y Mesopotamia. Uno de los hitos de ese periodo es la victoria de las ciudades griegas sobre los gigantes

ejércitos del rey persa. Acaba cuando esa cultura, madura y orgullosa, ostenta el poder sobre un enorme territorio: con los macedonios gobernando en el Éufrates y el Nilo, y con las ciudades griegas floreciendo en Sicilia, Italia, la Cirenaica, y en Marsella, Alejandría y Nápoles. Fue una expansión de una magnitud extraordinaria y, allá donde iban los griegos, llevaban consigo sus textos de Homero, su sistema educativo, sus estilos arquitectónicos y su arte. Algunas ciudades adoptaron la democracia, otras seguían dominadas por la aristocracia; casi todas fueron gobernadas en algún momento por los «tiranos», dictadores autoproclamados; algunas ciudades consiguieron dominar a otras, mientras que ciertas poblaciones se agruparon en ligas en condiciones de igualdad. Hay una gran variedad en todos los sistemas políticos, sociales y culturales, y, sin embargo, al mismo tiempo se da una unidad general que permitía a los griegos saber sin ninguna duda quién era griego («helenos», como los pueblos a los que nosotros llamamos griegos aún se siguen denominando a sí mismos) y quién era «bárbaro»: en origen, una persona con una lengua incomprensible, que solo parece decir «bar bar».

¿Quiénes eran los griegos? Sus ancestros, igual que los de los romanos, pertenecían a la gran familia de pueblos indoeuropeos que se dispersaron a lo largo de muchos siglos desde un reducto original en el Cáucaso hasta la India, Irán o Europa. Empezaron a entrar en lo que hoy es Grecia por el norte, en torno al 1900 a.C. Procedentes de las extensas estepas, esos pueblos se internaron en un mundo en el que el mar era de una importancia primordial para establecer relaciones y comunicarse; la península griega es montañosa, quebrada en una multitud de pequeñas llanuras dispersas, valles ribereños e islas. La tremenda peculiaridad de la Grecia clásica, en la que cada ciudad, por lo general, tenía su propia moneda e incluso su propio calendario, y donde cada población mostraba una celosa hostilidad y las contiendas intermitentes eran la norma entre las ciudades vecinas, está íntimamente ligada a la orografía del país. Grecia tiene un clima templado —aunque el mar Egeo es famoso por sus repentinas tormentas— y se necesita bastante poco para vivir con una razonable comodidad —al menos en comparación con el norte lluvioso y frío—. Las reuniones al aire libre y la

vida en la calle son cosas naturales en ese entorno. Por muy espectaculares que puedan parecer los edificios públicos en la Acrópolis, el estilo de vida de un ateniense en la Grecia clásica era muy modesto. Los propios griegos decían que la pobreza era su gran maestro en el valor y la independencia, al contrario que los pueblos débiles y ricos de Oriente.

La Grecia micénica dependía culturalmente del sofisticado arte minoico, el pueblo no indoeuropeo que floreció en Creta y en algunas otras islas del Egeo. Los griegos también estaban en contacto con otras antiguas culturas del Oriente Próximo: los hititas, los egipcios, los sirios... El mar hizo que a los griegos les resultara natural relacionarse con los pueblos marítimos vecinos en vez de volverse hacia los habitantes de las montañas que vivían en la Europa continental. Egipto y Asia Menor les interesaban más que Macedonia o Iliria. De aquellas antiquísimas culturas los griegos aprendieron muchas cosas: los nombres de diosas y dioses exóticos, como Hera o Atenea, que fueron completamente integrados y naturalizados y entraron a formar parte del panteón clásico; también importaron la artesanía de lujo, la música y la poesía. Aunque el resto de las formas artísticas se perdieron temporalmente en la «edad oscura» que siguió a la caída de las ciudadelas micénicas, en torno al año 1150 a.C., la poesía y la música sobrevivieron, y mantuvieron viva la memoria de una era de grandes reyes y héroes; y se recordó Micenas no como unas ruinas abandonadas, sino como una ciudad de oro, el trono de Agamenón, rey de hombres. La cultura micénica de la Edad de Bronce fue el escenario de los mitos, cuya importancia para la Grecia clásica es simplemente decisiva. En la «edad oscura» posterior a su caída, la compleja herencia de los primeros siglos se asimiló y se desarrolló. Cuando finalizó, el panteón estaba prácticamente completo, y la religión había adquirido su forma definitiva. Se recuperó el contacto con Oriente y las *polis* —las ciudades-estado independientes— empezaron a adquirir su forma clásica.

Es una prueba reveladora de la importancia que tuvieron para los griegos las culturas circundantes el hecho de que la mayoría de los nombres de los instrumentos musicales griegos, e incluso muchas de las formas poéticas, tales como la elegía, el himno o el yambo, sean préstamos de lenguas que no son indoeuropeas. La poesía y la literatura

siempre fueron las artes más importantes en Grecia, tanto en prestigio social como en su repercusión; y sus formulaciones, al igual que su contenido mítico, se retrotraían claramente a una época en la que los ancestros de los griegos llegaron a un mundo donde ya había pueblos con viviendas, palacios, frescos y música. Aquellos primeros contactos seguramente explican en buena medida los logros de los griegos. Sus parientes lejanos, los que invadieron los valles del Indo, encontraron también ciudades y templos, y dieron un comienzo fulgurante a la cultura aria de la India; los primeros griegos, de igual modo, aprovecharon el contacto con sociedades sofisticadas para desarrollarse en sentidos muy diferentes de los germanos y los celtas, que deambularon por los bosques septentrionales y permanecieron durante siglos anclados en comunidades muy parecidas a sus primitivas sociedades tribales.

Los propios griegos eran conscientes de su deuda con los fenicios por el origen de su alfabeto, con los egipcios por el estilo de su escultura primitiva, y con los babilonios por las matemáticas. En Grecia todas estas cosas se desarrollaron de un modo particular y característico; la escultura, por ejemplo, adquirió un realismo y un alcance totalmente distinto al del arte egipcio, mientras que en matemáticas surgió un novedoso y vivo interés en todas las cuestiones relativas a la demostración y la fundamentación de los sistemas en comprobaciones axiomáticas e incontrovertibles. El alfabeto se perfeccionó en una escritura que, en su forma romana, ha utilizado el mundo occidental desde entonces. Sobre todo, la *escala humana*, tanto en el arte como en la sociedad, fue lo que caracteriza a Grecia. La ciudad-estado independiente, en la que el hombre puede desarrollarse plenamente como ciudadano, es el logro principal de los griegos. Ello fue posible gracias a los grandes reinos de Oriente, que estaban lo suficientemente cerca para ofrecer educación e inspiración, pero no tan cerca como para sojuzgar a los griegos: cuando el rey persa Jerjes finalmente lo intentó, ya fue demasiado tarde.

La cultura griega era competitiva. Cada historiador y cada filósofo se esforzaba en mostrar lo mucho que sobrepujaba a su predecesor, y los diálogos de Platón están llenos de eruditos y pensadores rivales que compiten por la victoria en los debates. Los grandes acontecimientos

panhelénicos, en Olimpia y Delfos, estaban centrados en las competiciones atléticas; cuando se programaban tragedias o comedias en Atenas, resultaba natural que un grupo de expertos las puntuaran y las calificaran. Todas las ciudades intentaban superar a sus vecinas en esplendor.

La cultura griega también estaba marcada en todos sus aspectos por un extraordinario sentido de la forma. Eso fue lo que le dio al arte griego y a la literatura su inmensa repercusión en otras sociedades con las que entraron en contacto. La perfección formal de la arquitectura griega y la planificación urbana, la conciencia de la precisión en las estatuas, las exigencias estrictas y precisas que se consideraban apropiadas para cada género literario: todo ello acostumbró a los espectadores a un gusto exigente y entendido. Los que adquirirían ese gusto —etruscos, lidios, licios, los pueblos indígenas de Sicilia y Siria— entendían que sus propias producciones artísticas, por el contrario, resultaban vergonzosamente bastas y provincianas. Solo valían las obras al estilo griego, y la literatura en lengua griega. El resto de lenguas eran incapaces de generar literatura y (con la excepción de los hebreos) estaban destinadas a la desaparición. Solo en Roma se tomó la heroica decisión más fácil, la de escribir en griego, y se optó por emprender la ingente tarea de crear en latín una literatura que pudiera juzgarse de acuerdo con los parámetros griegos más exigentes.

El interés formalista por lo estético también podría explicar en buena parte que los griegos no consiguieran más avances de tipo técnico. Algunos ingenios muy sencillos, como el molino de viento o el tornillo, se inventaron muy tarde y tuvieron muy poca difusión en un pueblo con el suficiente ingenio como para haber inventado máquinas que se movían con vapor. La existencia de la esclavitud no tiene nada que ver en esto: los esclavos eran una pequeña parte de la fuerza de trabajo en Grecia. Simplemente había una preferencia general por la perfección estética frente a la innovación: un contraste llamativo y sugerente frente a nuestro propio tiempo. Podríamos considerar simbólicos los jinetes del friso del Partenón, dominando a sus caballos sin estribos: su belleza es maravillosa, y la ausencia de aparejos la engrandece, pero la invención de los estribos al comenzar el medievo transformarían la fuerza de la caballería.

El mundo de la Grecia arcaica está muy lejos del nuestro, muy lejos en el espacio, en el tiempo y en las circunstancias. Han existido otras sociedades que también han sido interesantes en muchos sentidos: la antigua civilización China, por ejemplo, o la de la India o Perú. Pero Grecia está vinculada a nosotros de una manera que esas otras sociedades, por las casualidades de la historia, jamás lo estarán. John Stuart Mill dijo que la derrota del rey Jerjes en la batalla de Salamina fue, considerada incluso como un acontecimiento en la historia de Inglaterra, más importante que la conquista normanda. Esa batalla hizo posible el desarrollo de una sociedad independiente en Grecia, con su arte y su pensamiento característicos, los cuales, a través de su ascendencia cultural sobre Roma, se convirtieron en los predecesores del pensamiento y el arte de Europa. La fuerza y la organización de Roma se impuso a Grecia y la conquistó y la sojuzgó, pero también se llevaron la cultura de aquel pueblo extraordinario a todos los lugares donde fueron las invencibles legiones romanas. En palabras del poeta romano Horacio: «La Grecia conquistada conquistó al feroz conquistador e introdujo las artes en los salvajes pueblos del Lacio». Desde entonces, Grecia y Roma nunca se han separado. Europa siempre ha sido consciente de que otra alta cultura precedió a la actual, y esa conciencia ha proporcionado una perspectiva de largo alcance muy característica del pensamiento europeo.

Durante muchos siglos, la cultura de Grecia y Roma fue *la cultura* de Europa, «clásica» en el sentido de haberse configurado como el modelo y el patrón por el que se juzgaba todo lo demás. Las escuelas y universidades se concentraban en el estudio de la Antigüedad con una obsesión que ahora nos parece excéntrica o aberrante. En la actualidad apenas podemos concebir que una sociedad del pasado nos pueda servir como criterio de evaluación de nada. Pero aún, debido a nuestra relación inquebrantable con la poesía y la ciencia de Grecia, estudiar su mundo es también estudiarnos a nosotros mismos. Porque la ventaja definitiva que tiene el mundo clásico sobre todos los demás es que es el único que conserva una relación con nuestro mundo y al tiempo nos es extraño: está relacionado con nosotros porque reconocemos las historias y sus pensamientos como asuntos que nos resultan familiares



MAPA I. GRECIA Y EL MUNDO GRIEGO.

(el dilema moral de Antígona, la teoría de los átomos, la idea de que los fósiles de las criaturas marinas que encontramos en las montañas demuestran que antaño estuvieron bajo las aguas); y nos es extraño porque aquellos pueblos actuaban de un modo completamente distinto al nuestro. Adoraban a multitud de dioses, tenían esclavos, y tenían ideas diferentes respecto al sexo. Comprender que tales cosas se daban en personas que de alguna manera nos parecen inteligibles y reconocibles puede ayudar a liberarnos de la tiranía del presente, de la creencia de que nuestras costumbres y pensamientos son absolutamente insoslayables, y de la idea de que no hay alternativas. Tal es el poder liberador del pasado.



# GRECIA: HISTORIA DEL PERIODO ARCAICO

*George Forrest*

## **El surgimiento de la *polis***

Para la mayoría de los historiadores, el elemento peculiar y característico de la vida política griega fue la *polis*, la ciudad-estado, una institución para la que cualquier definición exhaustiva oscurecería la variedad real que se dio en tamaño y forma, así como en la organización política y social. En resumidas cuentas, era una comunidad de ciudadanos (hombres adultos), ciudadanos sin derechos políticos (mujeres y niños) y personas sin el título de ciudadanos (extranjeros residentes y esclavos): un cuerpo social muy definido, que ocupaba una zona geográfica muy concreta, viviendo bajo una constitución definida o con posibilidades de definirse, e independiente de toda autoridad exterior hasta el punto de que sus miembros podían considerarse independientes. En general, las tierras circundantes podían estar prácticamente vacías u ocupadas por granjas o aldeas e incluso otras ciudades más pequeñas, pero todo ese territorio tenía un centro único, religioso, político, administrativo, alrededor del cual crecía una ciudad (Esparta fue una notable excepción): la *polis* propiamente dicha, habitualmente fortificada, siempre con un mercado o una plaza (ágora), un lugar para las asambleas (con frecuencia también era el ágora), una sede judicial y gubernamental —de tipo ejecutivo y deliberativo en los primeros tiempos monárquicos o aristocráticos, y posteriormente oligárquico o democrático.

El entorno físico era esencial para la idea de *polis*, pero aún lo era más el sentimiento de comunidad. «Nosotros, los atenienses, tendre-

mos una ciudad mientras tengamos barcos», diría Temístocles en Salamina (véase más adelante, página 54). También lo era la noción de independencia. Una parte de esa independencia podía cederse involuntariamente, bien aceptando el pago de unos tributos a una potencia extranjera, o voluntariamente, uniéndose a una alianza o incluso a una federación (la de Tesalia o la de Beocia, por ejemplo), pero aun en esos casos tenía que darse una sensación de «autonomía». La institución de la *polis*, en su mejor expresión, según explicaban los antiguos teóricos, no debería ser muy grande ni demasiado pequeña, ni demasiado autosuficiente ni demasiado dependiente, ni demasiado oligárquica ni demasiado democrática. Naturalmente, la mayoría de los historiadores han estado de acuerdo en considerar la *polis* como la forma característica de organización política en los periodos arcaico y clásico; y por supuesto, también, muchas *poleis* estuvieron de algún modo cerca de esa pauta. Pero las investigaciones recientes han llamado la atención sobre otros dos factores que en los primeros años pudieron influir decisivamente en la formación de la ciudad y pudieron haber continuado durante un tiempo marcando su desarrollo.

El primero de esos factores es la repoblación de grandes extensiones del territorio griego tras el colapso de la sociedad micénica. La consecuencia inmediata de ese colapso fue un largo periodo de vagabundeo caótico y tribal que en torno al año 1000 a.C. ya había establecido el modelo para el futuro: los dorios, llegados desde el norte, se asentaron en el Peloponeso, en Creta, en el suroeste de Asia Menor y en las islas circundantes; los jonios se instalaron en el Ática, en Eubea y la mayor parte de las islas del Egeo, y en la costa central de Asia Menor; en el norte, en Lesbos, y en el noroeste del Asia Menor se concentró una mezcla de pueblos que, para abreviar, podemos llamarlos eolios. Pero al principio, la mayoría de los asentamientos eran pequeños núcleos con muchas tierras alrededor, a disposición de quien quisiera ocuparlas.

El segundo factor es la aparición de grupos de comunidades, claramente vinculadas por esa repoblación —pero no necesariamente colindantes—. La tradición griega ofrece varios ejemplos de esas asociaciones: algunas son meros recuerdos borrosos, otras sobrevivieron con la forma de instituciones religiosas más o menos vacías, otras cuantas

emergieron de vez en cuando en la vida política posterior. Entre esas asociaciones están las seis ciudades dorias del suroeste del Asia Menor; los doce estados jonios del norte, que en una ocasión actuaron concertadamente en las guerras de Melia o Melite (¿siglo VII a.C.?), demasiado lejanas en el tiempo como para recordarse con la mínima certidumbre; y la anficionía o anficiónica (una liga semirreligiosa de pueblos vecinos) de Antela, en las Termópilas, que debió su supervivencia y su prosperidad a su asociación con el santuario de Apolo en Delfos. Excepto en este último caso, sin embargo, la escasez de información fiable ha obligado a desviar la atención a asuntos más contrastados, como las relaciones de Atenas, Esparta, Corinto: las verdaderas ciudades-estado.

Pero las excavaciones de la última década, aproximadamente, han despertado el interés por aquel oscuro periodo arcaico y proponen nuevas ideas. Desde el punto de vista arqueológico, existía en la Grecia central una zona de cultura común: era el sur de Tesalia, Beocia, Eubea y las islas de la costa oriental, una zona que ha adquirido brillos nuevos con el descubrimiento de un yacimiento importantísimo, el de Lefkandi en la costa occidental de Eubea, a medio camino entre las que hasta este momento se habían considerado las dos ciudades principales, Calcis y Eretria. La población de Lefkandi, asombrosamente próspera (para las condiciones habituales de la época), se desarrolló durante la llamada Edad Oscura (digamos, entre el 1100 y el 750 a.C.) y al parecer alcanzó la cima de su fortuna a finales del siglo IX, pero más de un siglo antes fue la tumba de un héroe, enterrado con su consorte y con sus caballos: un túmulo de incomparable grandeza y riqueza. Según las pruebas arqueológicas disponibles, Lefkandi era el corazón de una comunidad más amplia. ¿Era también el núcleo religioso? Resulta tentador decir que no era un gran núcleo de población, una anficionía que, según se dice, en origen asociaba precisamente a todos aquellos pueblos: tesalios, beocios, las tribus más pequeñas entre estos y los jonios, y sin duda los jonios de Eubea. Como núcleo político, social y religioso se prefiere pensar en un sitio como Termópilas, que se encuentra a unos cien kilómetros al norte por un estrecho canal marino. En fin, ¿fueron Lefkandi o Termópilas una especie de centro político? ¿Quién sabe? Pero todos los indicios y las narraciones advierten de una antigua colaboración,

comercial y militar, entre distintas poblaciones de esa zona, coinciden con el firme contexto arqueológico y con la verosímil posibilidad de algún tipo de asociación religiosa, y abogan por un grado de cohesión mucho mayor del que se había sugerido hasta el momento.

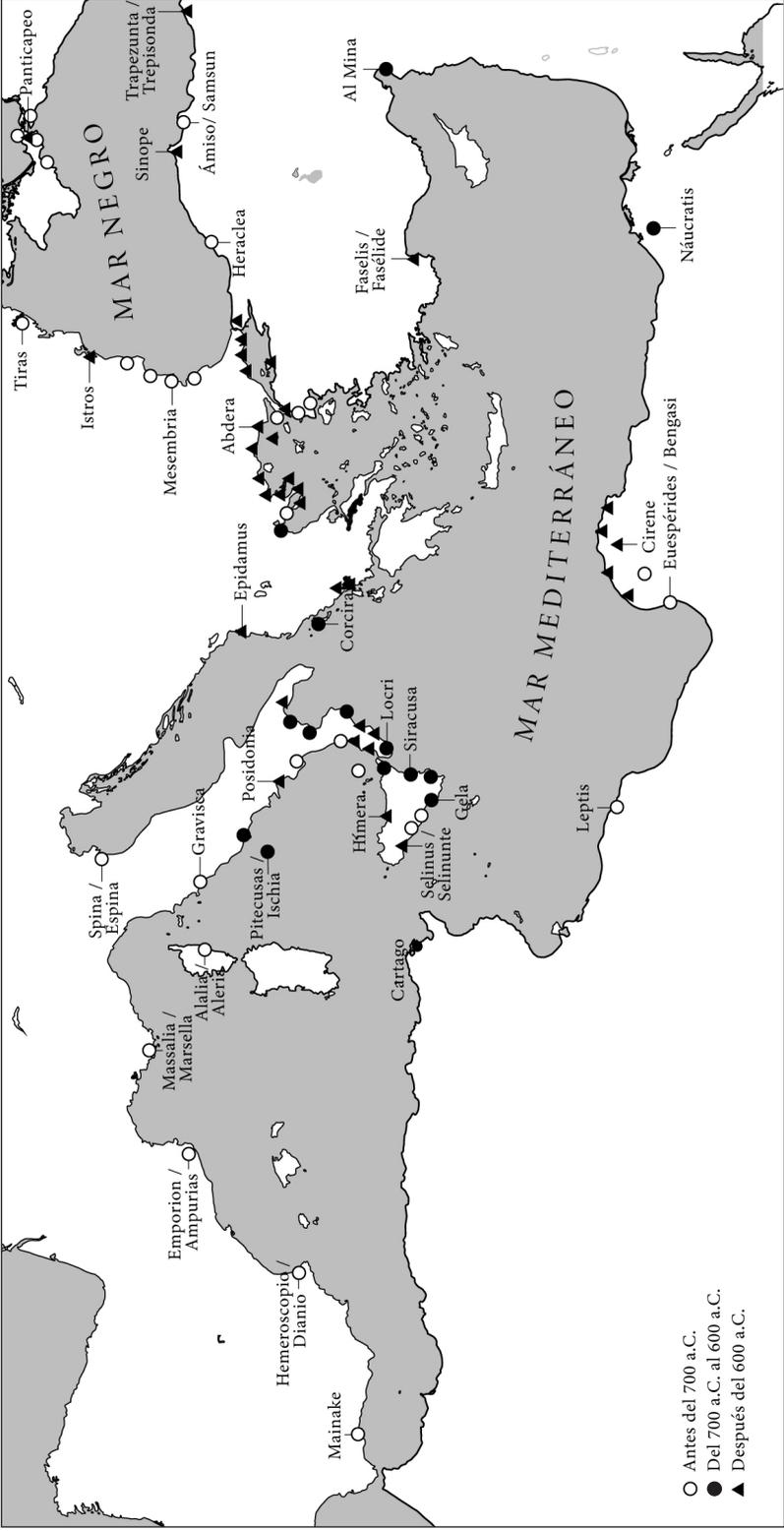
Una cohesión mayor en esa zona fomenta la creencia de una mayor cohesión en otras partes del territorio y plantea ciertas preguntas sobre la unificación política del Ática bajo el poder de Atenas, sobre la relación entre Esparta y otras comunidades de Laconia en los dos primeros siglos, más o menos, después de la fundación dórica a finales del siglo IX, sobre la expansión tebana en Beocia en el siglo VI, y así sucesivamente. Las respuestas podrían ser arriesgadas, pero las preguntas están ahí.

Más relevante resulta la desintegración de la «organización» eubea a finales del siglo VIII. Hacia el 800, algunos grupos griegos habían empezado a explorar territorios lejanos, fundamentalmente —suponemos— para buscar metales, y puede que algunos se instalaran allí donde los encontraran, en la costa norte de Siria (antes del 800); en Italia un poco después; tal vez en la costa sur del Mar Negro. Los aventureros principales eran los eubeos, que por aquel entonces aún actuaban concertadamente; una de las poblaciones que más se lucró de ese negocio fue Lefkandi. Pero en torno al 730 Calcis y Eretria discutieron y comenzó la llamada guerra Lelantina (por el nombre de las llanuras de Eubea), la cual dice Tucídides que provocó que «el resto del mundo griego se aliara con una u otra parte». Los historiadores han vivido desconcertados. ¿Por qué iban a discutir dos viejos aliados y amigos? ¿Por qué «el resto» se iba a unir con uno u otro bando? ¿Qué se puede entender en tiempos tan remotos por «alianza»? Las dudas aún siguen sin resolverse. Pero las asociaciones relativamente amplias permiten más contactos y suscitan más amistades y enemistades que las pequeñas unidades urbanas; los intereses internacionales pueden unir o quebrar más fácilmente esas amistades o enemistades. En el mundo que hemos esbozado, la hipótesis de que un estallido conflictivo en un lugar lejano (digamos entre Frigia y Asiria, en guerra en torno a los años 720-710) desatara tensiones entre los grupos griegos implicados, principalmente los eubeos, o de que una ciudad rompiera con aliados antiguos pero

mantuviera o encontrara otros en otras partes, y que así «el resto del mundo griego» se viera envuelto en el conflicto, daría sentido a dicha hipótesis. Comoquiera que fuese, la guerra terminó con la derrota de Eretria; Lefkandi (que probablemente había sido el emplazamiento de una Eretria original) fue abandonada, y la comunidad o asociación se desmoronó. Las tensiones de la guerra acarrearón otros reajustes en otros lugares y empezó a aparecer algo más parecido a la estructura de ciudad-estado de siglos posteriores.

No sería descabellado ver estas mismas tensiones como una explicación, al menos en cierta medida, de otro fenómeno característico del siglo VIII: una segunda oleada migratoria, mucho mayor, que partió de tierras continentales asiáticas, de Jonia y de las islas. Los primeros aventureros habrían difundido la noticia de grandes oportunidades al otro lado del mar, noticia que habría tentado a los menos tímidos o a los más desesperados para entablar relaciones comerciales, o para alistarse en la milicia con potencias extranjeras, y, sobre todo, para dedicarse a la agricultura. Si la guerra curó la timidez, seguramente aumentó la desesperación entre los derrotados y los asustados.

Cuando aquellas guerras de la Edad Oscura comenzaron, Corinto ya había establecido una colonia en Córcira (Corfú) —en la ruta de las riquezas procedentes de occidente— y la Siracusa siciliana —en pleno centro de aquellas riquezas— (733 a.C.); algo antes incluso, los eubeos estaban creando asentamientos en la costa noroccidental del Egeo. A partir de entonces, durante toda la guerra y en el siglo siguiente, fue ampliándose cada vez más lo que nosotros llamamos bastante erróneamente «colonización». Es un término erróneo porque una «colonia», aunque se tratara de una empresa organizada por un estado y a menudo se acometiera para promover los intereses de dicho estado, se convertía enseguida en una entidad independiente que normalmente no conservaba más que algunos lazos religiosos y sentimentales con su ciudad matriz; los colonos recordaban con más intensidad y gratitud al fundador, al hombre que los había llevado hasta allí, que a la ciudad fundadora. La superpoblación, alguna hambruna ocasional, los problemas políticos, o cualquier cosa semejante favorecerían que un gobierno se librara de algunos de sus ciudadanos menos



- Antes del 700 a.C.
- Del 700 a.C. al 600 a.C.
- ▲ Después del 600 a.C.